

El carácter incompleto de su conformación como una unidad nacional es, sin duda, uno de los problemas fundamentales de Bolivia. Y ello, como es obvio, condiciona de manera negativa su presente y sus posibilidades de futuro. Pero, ¿se podrá decir que esa insuficiencia congénita del país lo inhabilita de forma definitiva, o más bien habrá alguna alternativa para construir un porvenir compartido, especialmente hoy que la globalización presenta nuevos e improporables retos? Dar contestación a este dilema no es fácil, sobre todo porque movimientos y dinámicas sociales de la actualidad boliviana traducen pugnas de intereses focalizados, o de orden coyuntural, que no permiten avizorar el panorama integral.

A pesar de ello, lo que parece más razonable es tratar de alcanzar, en democracia, una subjetividad unificadora que sea capaz de convertir la continuidad territorial y la tradición histórica que demarcan al país en una sinergia productiva de finalidades y fuerzas interregionales, interculturales e intergeneracionales. Esto demanda que se potencie el sistema democrático como el mejor dispositivo de gestión de la diferencia y el conflicto, que se consolide la institucionalidad política correspondiente y que se desarrolle una "cultura de convivencia con el otro", es decir, una *comunidad ciudadana*¹ con un imaginario y un proyecto nacionales.

En este contexto, los medios masivos en general, pero en especial la **prensa**², tienen un papel central que desempeñar pues, dado lo apremiante de las circunstancias, están prácticamente obligados a optar por apuntalar este diseño democrático para una nación probable o, al contrario, por alentar la lógica de la fragmentación que tarde o temprano puede desembocar en una disolución no sólo subjetiva sino incluso física y política de lo nacional. Y es en el centro de esta disyuntiva donde aparece situada la cuestión del tratamiento periodístico del racismo.

Bolivia: racismo y prensa

El racismo, componente de la exclusión

El *racismo* es la creencia en la desigualdad biológica -y por tanto insalvable- entre los grupos humanos, suposición que sustenta una jerarquización social que divide "razas superiores" de "razas inferiores" y otorga mayores virtudes y prerrogativas a las primeras, estableciendo al mismo tiempo los parámetros de lo "normal" y lo "anormal". Este modo prejuicioso de ver y definir al que no pertenece al propio grupo, esto es, al "otro", data de muy antiguo; sus antecedentes ya pueden ser rastreados entre los griegos o los romanos: vienen de esos tiempos de las separaciones radicales entre "libres" y "esclavos" o entre "civilizados" y "bárbaros". Su gran difusión se da, sin embargo, después del descubrimiento de América y de las consiguientes exploraciones de África, Asia y Oceanía.

La inspiración imperial y colonialista de la Antropología Física, y luego de la primera Antropología Cultural, aportará argumentos considerados "científicos" para defender la idea de la desigualdad natural entre los seres humanos, la cual, desde otra perspectiva, no pasa de ser una fabricación ideológica.

Así, en palabras de Michel Wieviorka (2002), en un lapso estimado de poco más de cuatro siglos, se pasó del *protoracismo* -preconceptos de los coloni-

Por Erick R. Torrico V.

Director del posgrado en Comunicación y Periodismo de la Universidad Andina Simón Bolívar (La Paz) y segundo vicepresidente de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC).

1 Esta noción de comunidad se expresa sobre todo en el reconocimiento y aceptación, por todos sus miembros, de las diversas identidades existentes entre ellos y de sus consiguientes diferencias, pero a la vez de la igualdad de su valla y de sus derechos y obligaciones.

2 El concepto prensa se refiere, primero, a todos los medios impresos (periódicos y revistas) y, segundo, a los que producen contenidos informativos, de opinión o interpretación relacionados con el acontecer noticioso.

zadores del Nuevo Mundo y el continente negro- al *racismo clásico* -que asoció "atributos biológicos y naturales con atributos culturales"-, para llegar en la primera mitad del siglo XX al *racismo científico* -que, por ejemplo, dio origen a la afirmación de que la "raza blanca" es superior a "las otras" o de que la "mezcla" es una fuente de degeneración racial³-, y pasar después al *racismo institucional* -preocupado por los mecanismos sociales de reproducción del racismo (aquí cabría muy bien el análisis de la prensa también)- y, al final, al *racismo cultural* que, sin abandonar los prejuicios biológicos, centra su razón de ser en la "superioridad" de una cultura sobre las demás (etnocentrismo)⁴.

El racismo es, pues, un fenómeno mundial e históricamente permanente que en el caso de los pueblos conquistados resulta, además, importado.

El concepto de *raza* fue desarrollado para clasificar a las especies animales en función de sus afinidades morfológicas y también de sus localizaciones geográficas. Cuando diversos estudiosos europeos empezaron a principios del siglo XIX a aplicar tal noción a la taxonomía de la especie humana no sólo que estallaron los desacuerdos respecto de los criterios de clasificación más pertinentes (en función de qué distingue una "raza humana" de otra) como del número de "razas humanas" identificables (que varió de 29 a 3, según el caso) sino que, igualmente, se incrementó la tensión por los usos políticos de que fueron objeto tales intentos.

Sin entrar en más detalles, de toda esta discusión conviene dejar planteados al menos tres interrogantes al respecto: ¿Es posible trasladar mecánicamente al estudio de lo humano un concepto analítico elaborado para estudiar a los otros seres vivos?, ¿Es la especie humana equivalente a una sola raza o hay tal cantidad de variaciones genéticas que hace factible una discriminación multirracial?, y ¿Se puede reducir lo humano a lo físico-biológico sin tomar en consideración, por ejemplo, los aspectos psicológicos y culturales que también lo constituyen?

Las respuestas que cada quien ofrezca a estos interrogantes u otros semejantes pueden ser variadas y sugerir una mayor o menor aceptación o negación personal o grupal del racismo en la vida diaria; no obstante, lo que no da margen a la diversidad de puntos de vista es la vigencia real -sutil o abierta- de formas racistas en las sociedades contemporáneas. Y Bolivia no es en absoluto una excepción en este sentido, lo que junto a otros factores la configura como una sociedad excluyente.

Las rémoras de la colonia y el darwinismo social

No se puede afirmar que los pueblos precolombinos que habitaron el actual territorio boliviano se hubiesen caracterizado por una equidad llevada al extremo, pues también disponían de sistemas de estratificación social y funcional que se expresaban en el poder económico y político, los cuales fueron objeto de una reorganización forzada y de contenido racista por los conquistadores hispánicos (Albó y Barnadas, 1990).

La *colonia* -mediados del siglo XVI a principios del XIX- constituyó, así, un lapso en el que fueron traídas las ideas racistas desde Europa -con el aval de la Iglesia católica- y fueron establecidas las bases de la estructura social contemporánea del país: extranjeros e hijos de extranjeros primero, mestizos y cholos después, negros, mulatos y zambos luego, e indios finalmente. Paradójicamente, pese a esa diferenciación ideológica, cultural y política, en lo concreto y por múltiples razones prevaleció el *mestizaje*⁵, hecho que nunca terminó de ser reconocido como definitorio de un ser nacional.

Ya en tiempos de la *república* -segunda mitad del siglo XIX- las aseveraciones de algunos pensadores sociales inspirados por corrientes europeas y los primeros ejercicios censales vinieron en auxilio de la visión segregacionista instalada como norma por la élite gobernante. Son paradigmáticos en es-

3 Recuérdese lo hecho por el nazismo bajo esta doctrina.

4 En lo que interesa al tema de esta exposición, convendría examinar, por ejemplo, las concepciones de "cultura" o de "sociedad" que sirven para segmentar las secciones de la prensa y para seleccionar los tipos de temas y fuentes comprendidos en ellas.

5 Gustavo Adolfo Otero (1975) dice al respecto: "La ley sociológica del mestizaje, fue el imperativo categórico racial de la Colonia en el Alto Perú. El mito de la pureza de sangre no se cumplió en las zonas geográficas ocupadas por los grupos humanos vernáculos, ya que los keschus y los aymaras sufrieron varias misoginaciones, dando resultados biológicos siempre renovados y que han sufrido diversos cambios evolutivos hasta el presente".

te sentido los escritos de tipo sociológico de Gabriel René Moreno (1836-1908) y Alcides Arguedas (1879-1946).

En 1901, por ejemplo, René Moreno sostenía: “Si por alguna manera han de intervenir la indiada y la cholada en la evolución progresiva de la sociabilidad boliviana, ha de ser necesariamente por vía pasiva de una desintegración más o menos rápida, como productos secretorios vertidos en las cavidades orgánicas del cuerpo social, como residuos arrojados en lo profundo de la economía, a fin de que franqueen por ahí el depuramiento completo y la unificación caucásica de la raza nacional” (Rivera, 2003). Y Arguedas (1975) señalaba: “En la región llamada Interandina, vegeta desde tiempo inmemorial, el indio aymara, salvaje y hurraño como bestia de bosque, entregado a sus ritos gentiles y al cultivo de ese suelo estéril el que, a no dudarlo, concluirá pronto su raza”.

A su vez, desde la perspectiva gubernamental, la variable “raza” fue introducida en los censos de la ciudad de La Paz efectuados en 1877 y en 1909, así como en el Censo Nacional de 1900, con el propósito de marcar las diferencias culturales entre los habitantes de Bolivia. La anulación, incluso violenta, del protagonismo político indígena alcanzado con la participación del ejército de Pablo Zárate Willka en la revolución federal de 1899 a manos de sus aliados liberales representó otro paso en la política del menosprecio y la exclusión.

Quedaba claro, de ese modo, que la lógica de castas heredada de la colonia no sólo estaba institucionalizada en el nivel gubernamental sino que buscó respaldarse con un halo de cientificidad. De ahí que el *darwinismo social* -esto es, la traslación de la selección natural o la supervivencia del más fuerte al plano sociocultural- fuera erigido como doctrina favorita de los intelectuales de la élite al menos hasta mediados del siglo XX, cuando sobrevino la revolución nacionalista que modificó en parte esa mentalidad⁶.

El entramado poblacional

El racismo boliviano proviene entonces de una fuente colonial que ha pervivido como sustrato hasta el presente a pesar de la conciencia multicultural que empezó a nacer en la guerra contra el Paraguay (1933-1935), con el embrionario sindicalismo campesino que surgió en ese mismo período, las reformas resultantes de abril de 1952, la emergencia de los movimientos campesino e indígena entre las décadas de 1970 y 1990 o con el posterior reconocimiento constitucional de la pluralidad étnico-cultural y el significativo ingreso campesino-indígena a la política nacional en 2002⁷.

Esto quiere decir que la boliviana sigue siendo hoy una sociedad racista, aunque la mayor parte de la gente y las instituciones no acepten públicamente esta realidad. El racismo es un tabú en el país: se sabe que existe, se lo ejerce, pero está tácitamente prohibido hablar de él.

Hay que agregar, además, otros cuatro elementos para una caracterización preliminar del racismo en Bolivia: 1) a falta de un nacionalismo que lo justifique, apela al *regionalismo*; 2) el racismo “blancoide” genera otro “indianista”, aunque con efectos de poder diametralmente opuestos; 3) sus expresiones se conjuncionan en determinados momentos con otras del *machismo*, y 4) devela, en el fondo, la existencia de un *complejo contradictorio de superioridad/inferioridad*, pues las élites pretenden distanciarse de los “otros” locales o nacionales (repudiados) mediante sus intentos de asemejarse a los “otros” extranjeros (admirados).

En la actualidad, según información censal, la población boliviana está compuesta por 36 pueblos con matrices culturales diferentes. El 71% de los habitantes del país es de origen campesino o indígena y el 60% habla al menos una lengua originaria, correspondiendo más o menos la mitad de este porcentaje a personas bilingües. Estos datos evidencian una peculiar realidad boliviana: que

6 Tal parece que Gustavo Adolfo Navarro, político y escritor marxista conocido con el seudónimo de Tristán Marof, fue el primero en poner en la agenda pública urbana de Bolivia el tema de la exclusión del indio en la década de 1930.

7 El 33% del actual parlamento boliviano está compuesto por representantes campesinos (del occidente y centro) e indígenas (del oriente, norte y sur).

aquí la población indígena o campesina es mayoritaria.

¿Cómo se explica, por tanto, que la “mayoría” sea descalificada por la “minoría”? Esta situación no podría entenderse al margen del acceso a, y la disponibilidad de recursos de poder político, económico, social y cultural, cuestión en que la pobreza y la riqueza desempeñan un papel central.

Sólo de modo ilustrativo referencial conviene recurrir, acerca de este tema, a la interesante y provocadora propuesta del economista Víctor Flores (2002), que construyó una *pirámide de la sociedad boliviana* mediante el cruce de criterios de ingresos con otros raciales: clase alta/blanca (0,4% de la población), clase media alta/blanca (1,6%), clase media baja/mestiza/india urbana (34,9%) y clase baja/india (63%).

Otras dos matrices, de la **exclusión** y la **discriminación racista**, respectivamente, ayudarán a comprender mejor toda esta problemática.

La primera se construye sobre dos ejes de oposición: el horizontal de la *discriminación* (que confronta exclusión e inclusión) y el vertical de la *desigualdad* (que opone riqueza y pobreza). En los cuadrantes que se forman con esta combinación se sitúan la élite (riqueza + inclusión), la “burguesía chola” (riqueza con exclusión) y la clase media baja (exclusión y pobreza); el otro cuadrante, que combina inclusión y pobreza, se refiere a casos excepcionales⁸.

Y la segunda, diseñada expresamente para este ensayo, conjuga los cuatro componentes de la discriminación: el colonialismo (poder económico-político), el regionalismo (intolerancia cultural), el racismo (estereotipos biológicos) y el machismo (desigualdad de género). En los cuadrantes resultantes pueden ser ubicadas las variadas manifestaciones racistas reconocibles en Bolivia.

Lo que se tiene, consiguientemente, es una realidad social, cultural y geográfica polifacética, fragmentada y cada vez más conflictuada que exige -si se

aspira a concretar una unidad nacional viable- tanto la *interculturalidad* como la *redistribución de la riqueza y el poder político* en el marco de un proyecto compartido, retos que tendrían que asumir hoy la institucionalidad y la ciudadanía democráticas.

Los medios periodísticos y el racismo

A lo largo de su existencia, los medios periodísticos en general y de diversas maneras, por acción u omisión, han podido ser partícipes de las conductas racistas radicadas en el seno de la sociedad boliviana, aunque de todos modos este es un tema que requiere de investigación sistemática.

La labor de los medios, la prensa, en este caso está necesariamente inserta en una estructura de relaciones sociales, lo que supone que tales medios no son un “espacio neutral” sino más bien otro *involucrado* en los procesos que vive una determinada sociedad todos los días. Desde esa óptica, los medios son tanto *escenario* en que son filtrados y proyectados los hechos sociales como *actores* capaces de aportar visiones y entendimientos de esos hechos y hasta, a veces, de generar algunos de ellos.

La prensa es, así, un lugar público para la cotidiana **representación de la alteridad, del otro**, circunstancia que la convierte en productora o coproductora del racismo o, eventualmente, del antirracismo. En otras palabras, la prensa puede desempeñar, en esta como en otras materias, las *funciones de reflejo o de influjo*.

Ahora bien, el **racismo en la prensa** es aquel *comportamiento de discriminación expresado en la opinión y/o la información de los medios periodísticos impresos que se origina en una presunta superioridad biológica y cultural y que inferioriza y margina al “otro” que es percibido como distinto*⁹.

La prensa es un ámbito privilegiado para el ejercicio del “racismo simbólico”, o sea, de la *puesta en escena* de los prejuicios racistas que, esquemáticamente, se registran en tres planos: (i) las reveren-

8 Véase “Agenda contra la exclusión”, documento del Grupo Consultivo de Seguimiento de la Estrategia Boliviana de Reducción de la Pobreza, Plural, La Paz, 2002.

9 Esta definición fue elaborada preliminarmente en el proyecto de investigación sobre prensa y racismo en los países andinos elaborado en marzo de 2004 por el Dr. Luis Ramiro Beltrán, el Mg. José Luis Aguirre Alvis y el autor de este texto.

cias al considerado superior y (ii) la conmiseración o (iii) la intolerancia hacia el considerado inferior.

Las estrategias periodísticas de ese racismo están fundadas y expresadas en la atención prestada, las fuentes consultadas, los lenguajes empleados, los enfoques aplicados, las directrices utilizadas y los despliegues otorgados. En muchos casos, las conductas mediáticas respecto del racismo acuden a la exacerbación de los sentimientos racistas o, al contrario, a su trivialización, así como a una sutil estetización o desestetización del "otro" (por ejemplo, en la "crónica social", en la "sección cultural" o en la publicidad).

Quizá estos comportamientos no sean atribuibles a una intencionalidad consciente, pero sí lo son a la ausencia de políticas editoriales e informativas definidas, de códigos ético-profesionales, de mecanismos académicos y sociales de control de la responsabilidad y la calidad de los medios o, en términos más amplios, a la falta de vigencia plena de los derechos ciudadanos.

Ejemplos de una conducta más bien permanente

La prensa suele verse a sí misma como militante y defensora de los más altos valores de la colectividad y en consecuencia como irrefutable, concepción que tiende a cerrar el horizonte de la crítica y más aún el de la autocrítica. Sin embargo, como institución humana y social que es, la prensa también presenta defectos y comete errores; un buen principio para enmendarlos es empezar a identificarlos.

Con esa prevención, y nada más que con fines ilustrativos, vale la pena hacer referencia a cuatro casos en los que medios de la prensa boliviana, en momentos completamente diferentes y en temas distintos, dieron lugar a manifestaciones explícitas de racismo:

- Entre 1945 y 1946 el diario paceño *La Razón* desató una abierta batalla contra el Congreso Indi-

genal y el gobierno de Gualberto Villarroel que lo posibilitó, defendiendo de modo radical los intereses de los hacendados¹⁰.

- El diario cochabambino *Los Tiempos* libró su propia guerra contra la reforma agraria dispuesta por el Movimiento Nacionalista Revolucionario en 1953 descalificando la medida porque, en su percepción, los indios hacía tiempo que trabajaban asociados con sus patronos y una medida de ese tipo les era completamente indiferente (Knudson, 1986).

- De marzo de 1994 a marzo de 1995, bajo la vigencia de la ley de Participación Popular, diez periódicos bolivianos incrementaron a un promedio de dos notas diarias sus publicaciones sobre temas campesinos o indígenas, aunque con un predominio de las fuentes urbanas y con imágenes de los pobladores rurales estereotipadas¹¹ y habitualmente ligadas a conflictos o escándalos (Torrico, 1997).

- Del 26 de mayo al 6 de junio del pasado año, los principales diarios y semanarios del país hicieron una intensa y regionalizada cobertura informativa y de opinión de las repercusiones que provocó una entrevista ofrecida en Quito por la "Miss Bolivia 2004", Gabriela Oviedo, quien describió estereotipadamente a los pobladores del país (Como "bajos, morenos e indios" a los del oeste y como "altos, blancos y que hablan inglés" a los del oriente).

Estos ejemplos, sin ser exhaustivos, ponen en evidencia al menos cinco hechos:

- 1- que la prensa es tanto reproductora como productora de ideas e imágenes;
 - 2- que la prensa toma posición en cuestiones que conllevan intereses económico-políticos, sociales, culturales, regionales y de género;
 - 3- que la presencia del racismo en los medios se prolonga a lo largo del tiempo;
 - 4- que hay ciertos temas y ciertos momentos que refuerzan este "racismo simbólico", y
 - 5- que el racismo es un problema actual en Bolivia.
- Combinar ética y política*

10 Se puede consultar a este respecto la tesis de licenciatura presentada en 1997 por Wilma Ballón a la Universidad Católica Boliviana en La Paz.

11 La Psicología define al estereotipo como una imagen o idea simplista basada en prejuicios sobre una determinada realidad.

Las luchas por el reconocimiento de lo indígena-campesino tienen una larga trayectoria en Bolivia, pero es obvio que, pese a los avances logrados, falta mucho para superar el *multiculturalismo limitado*¹² que caracteriza la vida del país y la bloquea. Igualmente claro es que el solo desempeño mediático no va a conseguir modificar una situación que demanda intervenciones democratizantes en los planos de la economía, la política y la cultura, aunque un compromiso de responsables y operadores de los medios en dirección a la **interacción intercultural** sí representaría una contribución invaluable.

Consecuentemente, se requiere que el trabajo periodístico se inscriba de modo deliberado en una perspectiva democrática y orientada a edificar una intersubjetividad unificante de lo nacional, defensora de los derechos ciudadanos y que se alimente de las relaciones interculturales a la vez que las promueva.

Todo esto tendría que articularse en una suerte de “programas de conducta” definidos y asumidos por propia voluntad de los medios preocupados por el futuro de Bolivia en el corto, mediano y largo plazo; “programas” que indefectiblemente deberían conjuncionar postulados de la ética profesional periodística con principios políticos no partidistas.

El racismo es uno de los lastres de la incompleta nación boliviana y puede ser una de las razones de su indeseada disgregación. La prensa, como todos los demás medios masivos, está llamada a actuar de manera constructiva para remontarlo. En un tiempo de decisiones como el que vive hoy Bolivia, y que registra un recrudecimiento de las tensiones sociales y regionales, disuadir a las tendencias racistas es más que indispensable. La prensa, cómo no, debiera ser una pieza clave en tal objetivo.

Bibliografía

- ALBÓ, X. y BARNADAS, J. *La cara india y campesina de nuestra historia*. UNITAS/CIPCA, La Paz, 1990.
- ARGUEDAS, H. *Pueblo enfermo*. Gisbert, La Paz, 1975.
- FLORES, V. *Bolivia: Sociedad fracturada*. El Impresor, La Paz, 2002.
- KNUDSON, J. “The indian problem and agrarian reform”, en *Bolivia. Press and Revolution 1932-1964*. 1986.
- OTERO, G.A. *Vida social en el Coloniaje*, Imprentas Unidas S.A., La Paz, 1975.
- RIVERA, S. *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado aymara y qhechwa 1900-1980*. Edic. Yachaywasi, La Paz, 2003.
- TORRICO, E. “La democratización político-cultural boliviana y sus reflejos en la prensa”, en *Anuário Unesco/Umesp 1997 de Comunicacao Regional*. Sao Paulo, Universidade Metodista de Sao Paulo, 1997.
- WIEVIORKA, M. *El racismo, una introducción*. Plural, La Paz, 2002.

12 Esta noción refiere a la aceptación de la pluralidad cultural que constituye el país y a la paralela negación de la interrelación entre las culturas componentes de esa diversidad, o sea, a una pluralidad sin pluralismo. De acuerdo con el “Informe Nacional de Desarrollo Humano 2004”, preparado por la representación del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, esa forma de multiculturalismo puede degenerar en uno antidemocrático.